

los tiros de los federales y los desprecios de la aristocracia. *Si oyes contar de un naufrago la historia...* Si ves que Amadeo se embarca... ya sabes... destino al canto.»

III

Y siguió diciendo mi muñeca, ó lo dijo otro día: «Sabrás que en casa se reúnen á tomar te las señoras alfonsinas. Van la Monteorgaz y la Campo-Fresco. Esta tiene, según dicen, la contrata de los chistes, porque los hace tan graciosos, que dan risa para todo el año. Es muy salada, no se asusta de lo verde ni de lo colorado; cuenta sus historias, y á lo mejor te suelta una barbaridad que canta el credo. Esa fué la que, hablando de su hijo, se dejó decir que le había llevado en su vientre como se lleva una solitaria. También van la Belvís de la Jara, la Villares de Tajo, la Villaverdeja y la de Yébenes. Esta, que según cuentan, es más *nea que Dios*, toma las cosas de política por el lado de la religión. Dice que este Rey es masón y nos ha traído acá el Infierno... Pues allí se están picoteando toda la tarde, y por la noche van algunas de ellas y muchos señores: uno que le llaman Orovio, el Marqués de Molins, éste... ¿cómo se llama?, Iranzo, y otros que tú conocerás... En fin, que no paran de hablar mal de este pobre Rey... Que si no piensa más que en divertirse...; que si sale á la calle como un cualquie-

ra, encanallando la majestad; que si todas las noches se va de picos pardos con su ayudante italiano; que si le han visto en tales ó cuales casas... ¡Jesús, qué cosas dicen!»

Hablóme otra tarde Obdulia de su familia. Era natural de Villaviciosa de Odón, donde su madre moraba. En Madrid tenía un tío muy bestia, que diferentes veces la requirió de amores con mal fin; pero ella no se daba á partido. Temía que cuando el tal tío tan *tío* se enterara de nuestras relaciones y del proyecto matrimonial nos dificultara la boda, de acuerdo con la madre. ¡Ay!, lo que nos enfadó esta idea no hay para qué decirlo. Hicimos juramento de vencer cuantos obstáculos se nos opusieran. Antes que renunciar al casorio, haríamos cuanto aconsejase el romanticismo y el clasicismo más desenfrenados. Huiríamos, nos mataríamos con pistola ó veneno si alguno intentaba cortarnos la fuga. Acordado esto solemnemente, volvíamos á nuestras conversaciones. Obdulia me dijo:

«No sabes cómo andan ahora de alborotadas las señoras alfonsinas con la llegada de la Reina, que parece está ya en camino. ¡Y cómo la muerden! Lo menos que dicen de ella es que es *una buena mujer*, sin hábitos de reina. No pasa de *señora de un comandante*, lo más *de un teniente coronel*. Es algo instruída, como que ha estudiado para maestra. Su título es *de la Cisterna*. El título no puede ser más profundo. Fama de virtuosa sí que tiene. Gusta más de vivir recogida, que en las

bullangas de la Corte. Eso no se puede criticar, digo yo, pero tampoco es razón para que venga aquí á *por una corona*. Una reina debe ser ante todo reina. La de Yébenes dijo: «No nos oponemos á que sea virtuosa; eso nunca. Las virtuosas reinan en sus casas. Oí que esa buena señora da el pecho á sus niños y á los niños de sus criadas. Lo mismo puede ser esto afectación que pobreza de espíritu.»

Yo advertí á Obdulia que la guerra de damas estaba prevista, porque cuando acudían á cumplimentar á don Amadeo las entidades decorativas del Estado, la Diputación de la Grandeza se abstuvo, salvo dos ó tres familias. La aristocracia está de uñas... De doña María Victoria se sabe que es una gran señora, y que viene á honrar la Corte y Trono de España. Dilo así á tu ama...

«¡Qué tonto! ¿Cómo quieres que le diga yo eso á mi señora? ¡Buena se pondría!... ¡Bonito genio tiene estos días para que se le vaya con bromas! Sabrás que... Esto te lo digo con reserva... No salgas por ahí contándolo á tus amigos... Sabrás que está con un humor de mil demonios porque el *suyo* parece que anda distraído... dícese que con la Tordesillas... Cuando yo entré en la casa, ya mi señora *hablaba* con el Marqués de Uclés... Todo Madrid le conoce por Manolo Uclés. Pues ahora están de monos... Á mi señora no hay quien la aguante, de la celera que tiene. Y ya no es una niña... Los cuarenta y pico no hay quien se los alivie... Y

ya no te digo más; no se te vaya la lengua con tus amigos...

—Nada importará que cuente lo que sabe todo el mundo—repliqué yo.—Esas historias son en Madrid comidilla fiambre, que pasa de boca en boca sin que nos parezca muy gustosa. Los paladares piden manjares fuertes, Obdulia.

—Llamas tú manjares fuertes al escándalo gordo, á las revoluciones... Hazme el favor de no andar tan metido con los federalotes, gentecilla fulastre... Ya sabes que tienes que hacerte alfonsino, poquito á poco para que no chillen tus amigos. Si no te conviertes, será difícil que nos casemos... Y ahora que me acuerdo: mi señora me preguntó ayer si mi novio es católico. Yo le respondí que sí, que eres muy católico.

—Sí, sí; tan católico por lo menos como Manolo Uclés, que es grande amigo de Noce-dal, y da dinero para el *Pensamiento Español*, donde escribe Gabino Tejado... Si á pesar de ser yo catoliquísimo no nos dejan casar, nos suicidaremos, ¿verdad, gacela mía?

—Eso habrá que pensarlo... Cierto que es bonito morirse de amor, como aquellos de Teruel, ó matarse una con el humo de un braserillo, como leí en una novela *de por entregas*. Pero la muerte más simpática es la de la dama de *Espinas de una flor*, que se va quedando muertecita en un sillón; y allí sale un cura vestido de calzón corto, que le dice al oír la campana: *es un alma que divisa —las palmeras de Sión*. Para mí, que esas palmeras

son el cementerio. A mí me gusta pasearme por un cementerio, y ver los nichos, las lápidas del suelo, y pensar que debajo de ellas están descansando tan tranquilos los enamorados... En fin, chico, á ver si vienen de una vez tus papeles, que los míos encargados los tengo al secretario del Ayuntamiento de mi pueblo, sin que lo sepa mi madre... Me corre mucha prisa, no sea que... ¡Ay! Es cosa fea el salir una en estado interesante, cuando menos se piensa, y no poder ocultarlo, y que le digan á una que no es católica por no haberse casado antes de...»

Yo procuré tranquilizarla, persuadiéndola de la pronta venida de los papeles, que ya estaban de camino. Pero los papeles no podían venir, ni yo los había encargado. Vino en cambio un grave suceso que torció de súbito la corriente histórica de mi vida, llevándola por torrenteras dramáticas. Veréis lo que pasó. Llegado el día de la entrada de nuestra Soberana, doña María Victoria, me planté en el Prado, por donde la comitiva había de pasar, dispuesto á referir el acto para nuestro periódico, conforme á las indicaciones de Mateo Nuevo, quien me ordenó que hablase de la señora Reina con respeto, pero sin entusiasmo. Yo debía decir que doña María Victoria era atrozmente virtuosa; pero que no lograría captarse el amor de los españoles, que ya no querían cuentas con reyes, y menos si son extranjeros.

Vi la regia procesión palatina entre filas de tropa y grandes masas de gentío curioso.

Pensaba decir en mi crónica que en las caras del pueblo se *combinaba la curiosidad con la indiferencia*, y que el sentimiento general era de lástima más que de simpatía. En esto no decía verdad. Oí comentarios en extremo favorables. Las mujeres, sobre todo, contemplaban á la Reina con alegría, y con cierta confianza la saludaban, cual si en ella vieran la más alta de sus iguales. No sé si me explico bien. Al paso de la ilustre dama, se discutía su hermosura. Algunos la ensalzaban con exceso; otros la deprimían con esta crítica pesimista, que es la miel más grata en bocas españolas. Yo, dejando á un lado la reseña *oficial* escrita para mi periódico, daré á los beneméritos lectores de estas páginas la veraz impresión de un honrado testigo.

Era doña María Victoria de buena presencia y más que regulares carnes, que propendían á la gordura. En su rostro advertí perfil y rasgos napoleónicos, la sonrisa franca, el mirar entre melancólico y asustado. Creyérase que la dignidad real era en su pensamiento cosa prestada ó postiza, y que á nosotros venía, no á ejercer un cargo, sino á desempeñar un papel. En estas ideas me afirmé después, cuando la esposa de Amadeo convertía la realeza, que le dieron entonada y rígida, en cosa blanda y doméstica. Al verla pasar en el coche de gala, á la derecha del Rey, que no paraba en repartir á un lado y otro su garboso saludo, comprendí que doña María Victoria sería muy querida de las mujeres humildes, y admirada de las de clase

intermedia, que pueden ser llamadas señoras sin llegar á damas. Estas brillaron en la recepción de Palacio con todo el fulgor de su ausencia, bien campaneada por los periódicos moderados, alfonsinos y carlistas. La gente adinerada se hizo notar también por sus desdenes. *El Imparcial* señaló las casas donde no lucían colgaduras, y aludió claramente á Manzanedo, hablando de un palacio que debía ostentar en los florones de su escudo *Tabaco Virginia ó Kentucky*, y algunas motas de ébano, representativas de la compra y venta de negros en Cuba.

En la Puerta del Sol hubo apreturas y algún calor de vivas y aplausos, al paso de los Reyes; en la plaza de la Armería mayor tumulto, por el gentío que esperaba el desfile de la tropa. Salieron las saboyanas Majestades al balcón, y el pueblo desempeñó muy bien la parte de coro que le corresponde en estas partituras. Las músicas militares enardecían á las muchedumbres, y éstas, á su vez, estimulaban con sus gritos al fervor de los inocentes soldados... Hallábame yo muy entretenido con aquel espectáculo pintoresco, cuando me sentí tocado en el hombro. Volvíme, y vi á un hombrejo zanquilargo, feo, encopetado con sebosa chistera que fué de moda el año 41. Con señas y medias palabras me dijo que le siguiera para hablar conmigo dos palabritas, y me fuí tras él, rompiendo no sin dificultad por el primer resquicio que nos ofreció la multitud. Fuera ya del arco de la Armería y encontrándonos en sitio más des-

ahogado, el tal, ceñudo y con áspera voz me dijo: «Usted no me conoce.»

—Sí señor—le respondí.—Usted es don José Malrecado, que sirve en la Policía.

—No soy Malrecado ni Buenrecado, ni permito que usted se burle de mí.

—Dispense: no me burlo—dije, observando su ropa negra y raída, con las trencillas del chaleco y levitín deshilachadas, el rostro sudoroso, el bigote lacio, los ojos de carnero moribundo.

Y él, mirándome con amenaza y cogiéndome el brazo con garra de cernícalo, soltó la voz á estas ásperas razones: «Yo soy Aquilino de la Hinojosa... Veo que se asusta. Es natural. Por mi nombre se entera de que soy tío de Obdulia por parte de madre.

—Aunque lo fuera usted también por parte de padre no me asustaría—respondí, sacando del pecho toda mi entereza,—pues nada tengo que ver con usted, ni me importá un bledo que sea usted tío de la Osa Mayor ó del Espíritu Santo.

—¿Bromitas tenemos?—replicó el tío, tambaleándose en su soberbia.—Le he buscado para decirle que no se casará usted con Obdulia... que aquí estoy yo para impedir que siga trastornándole el seso á esa buena chica. Entiéndalo, y no me ponga en el caso de hacer con usted una barbaridad.

—Pues le participo que me casaré con Obdulia cuando me dé la gana, y sepa que me descargo en usted y en su pastelera madre.»

Hizo ademán de echarme al cuello sus manos; pero yo, que chiquitín y todo soy una fiera cuando tocan á mi dignidad, invoqué á mis tacones para que aumentaran media cuarta, y haciendo como que requería un arma en mi bolsillo, le solté esta rociada: «Si usted me provoca, no tendré inconveniente en sacarle al aire el bandullo, so tío.

—Poco á poco—gruñó el estafermo echándose atrás.—No hemos de armar escándalo entre tanta gente. Si usted no tiene vergüenza, yo la tengo. Tiempo y lugar habrá para ver quién puede más.»

Diciendo esto sacó del bolsillo una tarjeta sucia, en la que leí: *Aquilino de la Hinojosa, afinador de pianos. Cuchilleros, 3.* Yo me arranqué á decirle con mayor coraje: «Iré á buscarle á usted y le afinaré el entendimiento.» A lo que, ya en retirada discreta, respondió: «No me busque en mi casa, donde tampoco quiero escándalos. Me encontrará todas las tardes en el *Casino Conservador...* Abur... Nos veremos, caballero miniatura.

—Cuadrúpedo, nos veremos.»

Nada me sulfuraba tanto como que me llamaran chiquitín. El *miniatura* me sonó como la injuria más grosera y soez... Viendo al tío gandul alejarse hacia los Consejos, hice juramento mental de romperle la crisma ó el hueso palomo donde y cuando le cogiera... La inesperada emergencia de aquel gánzapiro fué la mueca repugnante con que el Destino me anunciaba una reata de infortunios: al siguiente día me tocaba entrevista con Obdulia,

y Obdulia no fué. Busquéla en la calle del Sacramento, paseando desde las Monjas de este nombre á la plazuela del Cordón, y el eclipse de mi linda muñeca en la calle como en nuestro nido me colmó de amargura y despecho. El jicarazo lo recibí aquella misma noche en mi casa por una carta que me llevó Celestina. ¡Oh ansiedad, oh enigma fatídico! ¿Qué diría la carta? Pues la carta, con el lenguaje burlón de sus garabatos, esto decía:

«Apreciable *Mico* (apodo familiar inventado por su cariño): Tengo que decirte con sentimiento que ya no puedo casarme contigo, porque he sabido que no eres católico. Mi señora la Marquesa y mi madre, que ha venido ayer, son muy católicas, y las dos me mandan renegar de ti. ¡Ay, *Mico* mío, qué pena! ¿Pero qué quieres que yo haga? Dejar de ver á Dios por tí y condenarme, no puede ser. Si me muero por esta pena, que me entierren en un cementerio bonito, con muchas flores... y que me dé sombra una palmera de Sión. Yo le pediré á Dios en la otra vida que te arrepientas y en seguida te mueras, para que allá estemos juntos mi *Mico* y yo.

»Supe que no eres católico porque me contaron que estuviste en la reunión de los federales en el Teatro de la Alhambra, y allí dijeron mil herejías ese *Pío Margallo*, el *Castelar*, el *don Roque de Barcia*, *don Marcos de Albaida*, y tú te subiste á una silla y soltastes el mayor sacrilegio, diciendo que no estabas seguro de que hay Dios, ni ángeles ni Virgen... que adorabas al Demonio y que te

descomias en los santos... ¡Qué cosas, qué pena! No puedo ser más larga. Ya no vuelvas á verme ni á escribirme... De ti se despide hasta la eternidad la que llorando te aborrece y verte no desea.—*OBDULIA.*»

Estrojando la carta en el puño dije á Celestina que aquello me parecía una estúpida farsa. La letra era de Obdulia; pero no el sentido ni la intención de la carta. Algún mal intencionado la obligó á escribirla, dictando quizás parte de ella. En el párrafo tocante á mi supuesto discurso en la reunión de la Alhambra, vi bien á las claras la malvada inspiración directa del siniestro mastín que había querido morderme en la plaza de la Armería. Cierto que estuve en la reunión de los federales y que pronuncié algunas palabras; mas no fueron para meterme con Dios ni ensuciarme en las imágenes de santos. Celestina, dejándome ver su blanca dentadura, se reía de mi furor y de las vulgares perfidias que lo motivaban. Confesóme que la familia de la muñeca no aprobaba sus relaciones conmigo; querían casarla con un hombre de más fuste y estatura. Lo de estimar los maridos por la alzada levantó en mí una borrasca de indignación. Díjome también que Obdulia me tenía ley, y vacilando entre el amor y la obediencia, se hallaba la pobre *como una borrica entre dos piensos.*

Sospechando que la señora Marquesa de Navalcarazo pudo ser causante de mi desventura, interrogué á Celestina, la cual, soltando de nuevo su reir frescachón, me dijo:

«La *señá* Marquesa es muy católica, eso sí, pero no se mete en los líos de sus criadas, ni se cuida de lo que ellas hacen ó dejan de hacer con sus novios. La Marquesa no piensa más que en *el suyo*... Por cierto que ya se ha reconciliado con el caballero de Uclés... El galán ha vuelto arrepentido cantando *la mea culpa*. La señora le ha perdonado, y tan creída está de que por sus oraciones ha vuelto el caballero, que ayer, en acción de gracias, confesó y comulgó, y á las monjas del Sacramento llevó de limosna un buen puñadito de monedas de cinco duros. Protege de largo á la Comunidad. Es beata de ley, socorre á los necesitados, y como tiene más dinero que pesa, á todos atiende: da para el culto, da para que se casen los amancebados, da para los pobres de su casa y de la casa de Uclés, y siempre le queda un buen pico para mandárselo al pobrecito Papa, que está preso, como usted sabe, en su propio palacio convertido en cárcel por esos malditos italianos... ¡Ay, Jesús!

IV

«¡Cómo está la sociedad!—exclamé yo.—¿Cuándo se vió pisto igual? ¿Es que Dios y Luzbel han llegado á un arreglo? Civilización de España, ¿quién te entiende? ¿Somos un país europeo, ó aquel *Pais de las monjas* descrito por un inglés de cuyo nombre no me

acuerdo?» Viéndome tan triste, la bondadosa Celestina me administró estas palabras de consuelo: «Confórmese con lo sucedido, y no crea que se acaba el mundo porque se le va una novia. Mujeres hay muchas, y yo, si quiere, le proporcionaré una mejor que esa sosaina de Obdulita. Si sus negocios andan mal, y la pluma no le dá para vivir, arrímese á lo católico, pues lo que es dinero no encontrará fuera del catolicismo. Si no tiene valor para meterse de hoz y de coz en el alfonsismo, no hable mal del hijo de su madre, ni le ponga motes feos, como el que le aplican ahora los que no le quieren, ni le saque á relucir al padre ni á la madre... Siga el consejo mío, que es consejo de persona que conoce como nadie el tecleo de este Madrid y su gente. Tenga juicio y *pupila*; váyase *desapartando* de los federales, familia tronada que no da más que palabrería sin jugo... No se meta con el Altísimo ni con el Papa, escriba para el Gobierno, y saque un buen destino, que si usted pega de firme á los que mandan, de ellos saldrá el amansarle con un cacho de turrón.»

Aquella mujer ruda era una sabia de tomo y lomo, y yo la estimaba y agradecía sus consejos, sin tener en cuenta su ruin oficio, del cual dijo Cervantes que era muy necesario en la república. Debo declarar que antes de oír los sesudos consejos de Celestina ya había pensado yo en gestionar una colocación. Todos los españoles adquirimos con el nacimiento, el derecho á que el Estado nos

mantenga, ó por lo menos nos dé *para ayuda de un cocido*. Los valedores á quienes acudí fueron Llano y Persi, amigo de Sagasta, y Ramos Calderón, íntimo de Rivero y de Martos. Ambos me las prometieron muy felices; pero... había que aguardar á que pasara el periodo electoral... Pasó el funesto periodo, y por cierto que el bueno de Práxedes manejó los cubiletes con arte maestro para traer mayoría; mas no pudo impedir que la coalición de carlistas y republicanos, diabólico himeneo, trajera setenta ó más diputados.

No sé si mis lectores tendrán interés en conocer el Ministerio de conciliación, presidido por el Duque de la Torre. Eran los de siempre, ni mejores ni más malos que los anteriores y subsiguientes. ¿Qué hacían? Ir viviendo, ir trazando una Historia tediosa y sin relieve, sobre cuyas páginas, escritas con menos tinta que saliva, pasaban pronto las aguas del olvido. Si no recuerdo mal, Martos se encargó del *Foreign Office*, Ulloa regentaba la Gracia y la Justicia, Sagasta era el gallito de Gobernación, Moret tomó las riendas del Fisco, y Beránger el timón de la Marina. Paréceme que Ruiz Zorrilla ocupó la poltrona de Fomento y Ayala la de Ultramar.

Más que el quita y pon de ministros, os interesa sin duda mi asunto personal, que á mi parecer también era histórico. Pues á ello voy. No tenía yo sosiego hasta que pudiese acometer y apabullar al ruin, al sucio, negro y desvergonzado aguilucho que me privó de las gracias de Obdulia, Aquilino de la Hino-

josa. Designado el día de mi venganza, me calcé las botas de tacón más alto que en aquellas décadas poseía, cogí un roten nudoso que parecía la maza de Hércules, y me fui derecho al Casino Moderado de la calle de Atocha, donde esperaba medir mi fiereza con la barbarie soez del tío más tío del mundo.

Pronto comprendí que iba mal encaminado, porque al Círculo de la calle de Atocha no concurrían más que moderadotes de ropa limpia y elevada representación pública, como el señor Carramolino, el señor Moyano, el señor Collantes, el Conde de Cheste y otros tales. Mejor orientado, me dirigí á un casinejo de reciente fundación, abierto en la calle de Jacometrezo con el mote de *Círculo popular*... no sé si *conservador* ó *alfonsino*, y apenas entré en la obscura, deslucida y puerca antecala, oí la voz del cernicalo graznando en estridente disputa con otros pajarracos de la fauna reaccionaria. Con un mozo que pasaba llevando servicio de café en abolladas cafeteras, mandé recado á mi enemigo... Una visita... un señor que deseaba decirle dos palabras...

Los vocablos con que se inició la visita fueron más de dos, seguidos de réplica insolente y de un garrotazo que descargué con delicioso coraje sobre la cabeza del tío, la cual sin el resguardo del sombrero habría quedado rota. Era como hucha de barro que yo quería cascar para sacarle la calderilla, digo, los sesos... Al vocerío de Hinojosa y al traqueteo de los palos acudieron de una par-

te el mozo y conserje, de otra los compinches de mi enemigo. Unos me sujetaban, otros corrían al socorro del tío... Ya he dicho que soy un hombre terrible, y que me crezco al castigo convirtiéndome de chico en grande por la fiereza de mi embestida y la arrogancia de mis actitudes. Con presteza increíble me sacudí de los que intentaban acorralarme, y seguí el vapuleo contra todo el que por delante me caía. El número al fin pudo más que el ardimiento feroz. Uno salió al balcón gritando: ¡guardias, guardias!; otro á la próxima escalera reclamando el auxilio de los vecinos. Pude tras ruda pelea batirme en retirada solo contra tantos, y gané la escalera. A no ser yo quien soy, habría bajado rodando; pero no perdí pie... Felizmente, acudió en mi ayuda un amigo que á punto subía presuroso, alarmado del estruendo.

Era Telesforo del Portillo, en los viejos anales conocido con el apodo de *Sebo*, criado que fué del Marqués de Beramendi, después policía, funcionario de Gobernación, y al cabo cesante cuando ya le indicaban para secretario de un gobierno de provincia. Pro vino su desgracia de habersele descubierto concomitancias con el Marqués de Bedmar, el de Uelés y otros acreditados alfonsinos. Su esposa, Fabiana Jaime, ex-criada de la Campa Fresco, tenía parentesco con mi madre, de donde vino mi amistad con *Sebo*, y las consideraciones que me guardaba, estimándome más que como periodista como pariente. En cuanto me vió, púsose de mi parte,

diciendo con aplomo policiaco: «Paz, caballeros. Ténganse á la autoridad, que todo ello será por mala inteligencia. Vengan explicaciones leales de una parte y otra. Conmigo no valen *soterfugios*. Silencio, digo, y envainen los insultos. Este joven es de mi familia, y será el primero en retirar sus palabras.» Algún trabajo le costó al ilustre *Sebo* imponerse, y en cuanto hubo sosegado las encrespadas olas, lo primero que hizo fué sacarme del remolino, escaleras abajo, recomendándome, como había hecho más de una vez, que pusiera frenos á mi fiereza indómita. Aunque yo había quedado airoso, por ser uno contra tantos, llevaba en mi cabeza tremendos chichones, y mataduras dolorosas en distintas partes de mi cuerpo garboso y pequeñín.

Acompañóme Telesforo á mi casa de la calle de los Leones, llevándome antes á una botica, donde fué el león asistido de apósitos y tafetanes. Y véase ahora cómo se empalman y enraciman los males con los bienes en esta vida humana, complejidad eterna de llanto y de risa, de ansias coléricas y expansiones de júbilo. ¿Qué creéis que en mi casa encontré al volver á ella con bizmas y parches? Pues la credencial que meses antes había solicitado de Llano y Persi. Bendije la risueña credencial; bendije al Destino y á Dios, inspiradores del pródigo Sagasta, sin acordarme de que dos días antes habíale disparado un dardo periodístico hablando de su tuppé, de su frescura y otras zarandajas. ¡Cosas de la vida! La vida es pasión, contrastes, fuga

veloz de corazones duros, de corazones tiernos, toma y daca de arañazos y caricias. Y el mundo marcha... y el sol sale todos los días. Vivid, humanos, en la dulce alternativa del odiar y el querer.

Mi primer pensamiento al verme colocado, fué ocultar mi felicidad á Mateo Nuevo, á Santamaría y demás amigos políticos. Luego lo pensé mejor y abominé del tapujo, que, además de ser inútil, me habría colocado en el listín de traidores ó siquiera sospechosos. Franqueado con mis amigos, que conocían la distancia que la Fatalidad había puesto entre mi boca y el pan, alentáronme á envainar mi dignidad, previa declaración de que sería más federal hoy que ayer, y mañana más que hoy... El mundo marchaba y yo con él derechamente á mi bienestar, porque para colmo de ventura, me dijo Llano y Persi que yo no tenía que ir á la oficina más que á cobrar, el primero de cada mes.

Encerrado permanecí en mi leonera esperando á que fueran menos visibles en mi cara los achuchones de la reciente trifulca. Apenas puse el pie en la calle fui á ver á Llano y Persi, el cual me dijo que deseaba llevarme á la redacción de *La Iberia*. Quedé perplejo. No quería disgustar á Llano, uno de los hombres más nobles y generosos que he conocido, ardiente liberal y patriota desinteresado; no me agradaba ser redactor de un periódico rabiosamente ministerial, un cuerpo anquilosado de la opinión que sólo á la defensiva funcionaba, desaborido y ser-

monario, sin *vis* política, ni gracia ni literatura. En tal indecisión pedí á mi buen amigo plazo de tres días para decidirme... Y aconteció que en aquella semana se acumularon sobre mí, como aluvión de un Destino caprichoso, multitud de sucesos raros y sorprendentes.

Entre aquellos halagos de una fatalidad benigna, menciono la visita del amigo citado por mí en las primeras páginas de esta relación, el excelente chico isleño con quien trabé amistad en la casa de huéspedes donde vivimos desde el 66 hasta el 70... No vino el tal á mi casa por visita de cumplido, ni por ociosa charla; vino á proponerme que fuese á trabajar con él en *El Debate*, fundado á principios del año por José Luis Albareda. La verdad, me sedujo la proposición, por el modernismo y buen tono de aquel periódico, y con esto y una sola consulta con la almohada, quedé libre de mis dudas y me desligué del pendiente compromiso con Llano y Persi... No poco se holgó el isleño de mi resolución, y al día siguiente nos fuimos gozosos al pisito bajo de Trajineros, donde estaba *El Debate*, y en otro cuarto del mismo piso tuve el gusto de hablar con Albareda, á quien yo no conocía más que de vista y fama.

Por las Once mil Vírgenes, que me fué muy simpático el caballero andaluz. Hombre más salado no he visto, y si en la primera visita me cautivó por su gracejo, cuando el trato afinó mi conocimiento, le admiré por su talento macho y por la viveza con que percibía

y atrapaba las ideas políticas culminantes en cada día, y la claridad con que veía la fase de razón de esa idea, la fase de oportunidad y la fase de peligro... Inspirado por José Luis, que así le llamaban sus íntimos, escribía yo de todo: teatros, vida social, política. El fundador leía nuestros artículos, y si le gustaban nos elogiaba desafortadamente. Cuando, según él, lo hacíamos mal, nos trataba como perros.

Previnome el isleño contra las hipérbolas de Albareda. «Ni cuando te pone en los cuernos de la luna te envanezcas, ni demasiado te aflijas cuando te trata á zapatazos.» Un día que escribí muy á su gusto una crónica de salones elegantes, alfonsinos y católicos, me dijo así: «Tiene usted más talento que Dios.» Al día siguiente le desagradó un suelto político, y al entrar en su alcoba, oí que decía, por mí: «A ese judío enano le voy á dar cien patadas.» Su enojo pasaba como el humo y se desvanecía en donosas ocurrencias. Nos quería, y le queríamos. Para mí era el periodista ideal. Cuando nos llamaba para sugerirnos alguna idea, con igual confianza nos recibía en su alcoba, recién dormida la mañana, que en la próxima pieza donde le veíamos bañarse en pelota, tomar ducha por regadera, y hacer luego su *toilette* de persona pulcra y elegante, todo esto hablando de lo humano y lo divino con singular donaire ceceoso, apuntando la idea política ó el juicio picante de cosas y personas.

Era nuestro inspirador y Mecenas partidario ferviente de la Conciliación, y apoyaba con su periódico el primer ministerio de don Amadeo, armadijo de unionistas y radicales. Creía el buen andaluz que se hundiría el mundo en cuanto los dos concertados puntales de la situación se cayeran cada uno por su lado. Y si esto creía el maestro, ó si no creyéndolo lo afirmaba, de su caletre al nuestro lo transmitía por razones de puro arte político. Yo no pensaba como él en lo tocante á la Conciliación, que infecunda me parecía, pues cada una de las dos partes á la otra esforbaba para toda labor eficaz. Pero me guardaba de manifestarlo á mi jefe, que me habría soltado el chorro saladísimo de su verbosidad andaluza. Yo pensaba en ello y me decía: «Algún motivo tendrá este hombre para patrocinar con tanto ardor la forzada coyunda de los dos partidos, y para fundar un periódico con el fin exclusivo de sostenerla.» *El Debate* araba la tierra política sin lograr la derecha del surco, porque ni el buey unionista ni el buey radical se avenían á tirar del arado con igualdad. ¿Romperían el yugo?

Lo rompieron, sí señor, bastantes días después de entrar yo en *El Debate*; pero antes de referir esto, traeré á colada otras materias para no disgustar á los devotos de la exacta cronología. De asuntos privados, confundidos con los públicos hablaré, para que resulte la verdadera Historia, la cual nos aburriría si á ratos no la descalzáramos del coturno para

ponerle las zapatillas. ¡Cuántas veces nos ha dado la explicación de los sucesos más transcendentales, en paños menores y arrastrando las chancletas! Y vais á verlo.

V

Sabréis, amigos, que mi conquista de aquellos días (que no consigno por orden numérico porque he perdido la cuenta) me depa-
ró una moza bravía y algo hombruna, morena y agitanada, más alta que yo en cuarta y media, gallardísima, de ojos bonitos y más bonitos morros, la cual me juró amor eterno y fidelidad, siempre que yo le mantuviese el pico y con decencia la vistiera, sin interrupciones de ayuno y desnudez. Trájome Celestina aquella hermosa bestia, diciéndome que era su prima, y yo le di el gobierno de mi casa y la soberanía de mi persona. Vivíamos felices. Felipa, que así se llamaba, natural de las Peñas de San Pedro, era una fuerte trabajadora en los menesteres más duros de la vida doméstica; lavaba la ropa y los suelos y toda la casa con verdadero frenesí; guisaba con abuso de especias y picantes, y hablaba con estridor de gritos y libérrimo vocabulario...

Naturalmente, mis relaciones con Felipa trajéronme nuevas amistades y trato con personas del propio jaez. Conoci á otra mujer, muy bonita por cierto, pelo rojo, figura de-